

C omo en un antiguo reloj de catedral medieval, el hombre contemporáneo se encuentra al centro de numerosas esferas de diferentes diámetros las cuales se desplazan a diversas velocidades. Cada una de ellas significa una dimensión temporal distinta: el flujo del tiempo en el Universo, el tiempo de las eras geológicas de la Tierra, el ritmo de la evolución, el de los ecosistemas, los propios ritmos biológicos de los humanos, tanto generales como individuales. El tiempo histórico de las sociedades, los múltiples tiempos de cada cultura —unos circulares, otros míticos, la mayoría más lentos que el de la sociedad occidental—, y los tiempos subjetivos, se añaden a esta complejidad temporal en que se desenvuelve nuestra vida cotidiana.

La determinación del tiempo —que ha transcurrido desde la formación del Universo, de la Tierra y de la vida sobre ésta—, ha sido uno de los dolores de cabeza de gran cantidad de científicos. El tiempo sigue siendo un concepto rector en toda teoría científica.

Pero no solo en la ciencia. En una sociedad en donde el tiempo es dinero y el dinero compra todo, incluido el tiempo, éste se erige en rector de la economía. La ganancia no respeta los tiempos de sucesión de los ecosistemas, llevándolos a su destrucción, ni toma en cuenta los millones de años de evolución biológica que implica la diversidad de especies que pueblan nuestro planeta. Los horarios de fábricas y oficinas siguen ignorando los ritmos biológicos de cada persona, imponiendo un ritmo único y cambios de horarios que afectan la salud. La falta de comprensión de las sociedades no occidentales, que han sido catalogadas como atrasadas, por tener un ritmo de cambio distinto, —como los pueblos indígenas de nuestro país—, sigue creando un foso cada vez mayor entre éstas y los países y clases dominantes.

Las sociedades urbanas se encuentran sometidas al angustiante transcurso de los días, de las horas, de los segundos. Los rostros de los corredores de bolsa, las innumerables clínicas de belleza que anuncian la eterna juventud, las pruebas de inteligencia basadas en la rapidez, las colas en los almacenes y las noticias al minuto, son sólo algunas de las imágenes que nos rodean. Es como si las unidades que el mismo hombre inventó para medir el paso de los días se hubiesen convertido en una suerte de capataz que lo domina, que lo obliga a vivir lleno de ansiedad, en un personaje como el de la última película de Wim Wenders (*Tan lejos, tan cerca*), el cual, provisto de un reloj sin carátula que muestra el movimiento de los engranes con su incesante tic-tac, ejerce una presión insoportable en la vida de los demás; una especie de monstruo cuyo nombre es Emit Flesti —el anagrama de *Time Itself*—, un demonio que el hombre creó y ya no es capaz de controlar: el mismísimo Tiempo.